

LA IZQUIERDA QUE CONVIENE A LA DERECHA

Jordi Solé Tura

La principal conclusión que se puede sacar del reciente Congreso del Partido Comunista de España es que Julio Anguita y sus seguidores están dispuestos a todo menos a gobernar. O, más exactamente, no están dispuestos a gobernar ni a dejar que gobierne otra fuerza de izquierda. Más allá de los discursos inflamados y de los exabruptos del congreso, esto es lo que importa.

No es una novedad, desde luego. Es, simplemente, la confirmación como línea política general de lo que ya ha ocurrido en esta última legislatura en las Cortes Generales, en Andalucía, en Asturias, posiblemente en Extremadura y en muchas ciudades de casi toda España tras las últimas elecciones municipales. Y no tendría más transcendencia si el P.C.E. fuese una fuerza menor, marginal en el panorama político español. Pero la tiene porque es la tercera fuerza en el Congreso de los Diputados -- a través de las siglas de Izquierda Unida, que tan malparadas han salido de esta reunión -- y también en el panorama general de las autonomías y de los municipios.

Que esta tercera fuerza sea una fuerza de gobierno o no es un dato fundamental en la política de española, en todos sus niveles. Puede no serlo si seguimos en la lógica de las mayorías absolutas. Pero es importante, y mucho, cuando las mayorías absolutas son reemplazadas por unas mayorías relativas, más acordes con el pluralismo real de nuestra sociedad en un sistema parlamentario ya normalizado. Con las mayorías relativas son fundamentales las alianzas. Y estas son imposibles cuando hay una fuerza significativa, que puede decantar o impedir unas alianzas y que se niega a entrar en el juego porque no quiere asumir ninguna responsabilidad de gobierno.

Nuestro sistema electoral no está pensado para asegurar grandes mayorías absolutas, que son más bien la excepción en un país democráticamente maduro, sino para asegurar mayorías compuestas por fuerzas afines. Cuando se celebraron las primeras elecciones municipales, en 1979, por ejemplo, la U.C.D. fué la fuerza más votada en muchas capitales de provincia y en un buen número de otras grandes ciudades. Pero no obtuvo la mayoría absoluta y la izquierda le arrebató casi todas las alcaldías porque el PSOE y el PCE supieron unirse. Después la UCD se rompió y la izquierda siguió gobernando en las principales ciudades porque mientras la derecha se dividía ella se mantuvo unida. En las últimas elecciones municipales ocurrió lo contrario: la derecha se unió y la izquierda se dividió. El resultado es que la mayoría de las capitales de provincia y otras ciudades importantes tienen alcalde o alcaldesa del P.P. Esta es la lógica de un sistema electoral municipal como el nuestro, que en defecto de mayorías absolutas, obliga las fuerzas afines a unirse. Y si no lo hacen, pierden.

Esta es también la lógica del sistema electoral para las elecciones generales y las autonómicas. En Asturias gobierna la derecha, con un presidente que había sido activista de los guerrilleros de Cristo Rey, porque la izquierda se ha dividido. Si el PSOE e Izquierda Unida hubiesen sumado sus votos habría una amplia mayoría de izquierda, pero I.U. -- ¿o el P.C.E.? -- ha preferido dar el gobierno al P.P. En Andalucía y Extremadura tenemos a dos presidentes socialistas sometidos al fuego cruzado de unos parlamentos donde

Izquierda Unida se une con el P.P. para paralizar su labor. Como resultado de esto en Andalucía se van a tener que convocar elecciones anticipadas y después de ellas estaremos en las mismas: el partido más votado será el PSOE o el PP y si ninguno de ellos obtiene mayoría absoluta, que parece lo más probable, el problema se planteará otra vez con mayor crudeza si cabe: ¿qué hará Izquierda Unida? ¿En caso de mayoría relativa del P.P. repetirá la hazaña de Asturias y dará a Andalucía un presidente de derecha? Y en caso de mayoría relativa del PSOE, ¿asumirá Izquierda Unida una parte de la responsabilidad de gobierno o seguirán las cosas como hasta ahora, es decir, seguirá Izquierda Unida impidiendo que el PSOE gobierne, sin ofrecer ninguna alternativa?

El reciente Congreso del P.C.E. nos ha dado la imagen de un partido áspero que aspira a recoger todos los motivos de descontento actuales y futuros sin darles ninguna salida. Armado con el peso de estos descontentos se configura más bien como un gran grupo de presión, que recuerda en muchos aspectos a nuestro viejo anarquismo. Pero todo esto se pone al servicio de una determinada causa, que también recuerda bastante la lógica de los años treinta. Es, en definitiva, la lógica de clase contra clase en la que no caben niveles intermedios: o se está con una clase o con otra.

Desde esta postura, todo es claro y preciso para Julio Anguita y sus seguidores: ahí está una derecha pura y dura, que es el P.P. y aquí una izquierda igualmente pura y dura, que es el P.C.E. Y en medio, proclamándose de izquierda pero ejerciendo realmente el papel de servidor sumiso de la derecha, está el PSOE y empiezan a estar también, según el propio Julio Anguita, los sindicatos. El PSOE y estos sindicatos derechizados son, pues, el gran elemento de confusión de las masas populares, el factor que las desvía de su auténtico destino revolucionario. Y por eso es el factor que hay que suprimir o controlar. Esto es hoy por hoy imposible porque el PCE no tiene fuerza suficiente para ello. Pero sí tiene fuerza para distorsionar e incluso para paralizar el sistema parlamentario cuando no hay mayorías absolutas. Para ello, e incluso para ir más lejos, no le hace ascos a las coincidencias puntuales con esa derecha pura y dura, o sea con el P.P., ya que comparte su mismo objetivo principal: quitarse de delante al PSOE.

Nuestro sistema parlamentario no es un régimen de asamblea. Es un sistema en el que el Gobierno gobierna y el Parlamento legisla, controla y orienta. Es, también, un sistema que busca la estabilidad penalizando la formación de mayorías negativas mediante el mecanismo de la moción de censura constructiva. Pero en el Parlamento andaluz, Izquierda Unida ha pretendido gobernar desde el Parlamento y junto con el P.P. han impedido que el gobierno cuente con los medios para gobernar, que es su función. La misma lógica ha unido a Izquierda Unida y al P.P. en las Cortes Generales, aunque aquí el gobierno y el grupo socialista han tenido más margen de maniobra para superar dicha mayoría negativa. Pero todos hemos visto los efectos devastadores de la dura campaña que tanto el P.P. como Izquierda Unida -- ¿o el P.C.E? -- han mantenido contra la única y complicada mayoría que el PSOE ha podido hacer en esta legislatura: la mayoría inestable y puntual con Convergència i Unió

Con un P.C.E. metido en esta lógica, es casi imposible llegar a algún acuerdo. El resultado es, por consiguiente, el bloqueo de un gobierno de izquierda. Y este bloqueo sólo tiene dos salidas: el caos o el gobierno de la

derecha. En ambos casos pierde la izquierda, o sea, pierden los millones de ciudadanos y de ciudadanas que confían en ella. Y gana, desde luego, una derecha que no es mayoritaria en el conjunto del país pero que se encuentra con el regalo de una izquierda desunida y con una de sus partes, el P.C.E. , empeñada en destruir a la otra. Por eso esta llamada izquierda, la que se pretende pura, incontaminada, auténtica e inconvencible es la izquierda que más y mejor conviene a la derecha. Por eso cada voto que va a esa izquierda es un voto que o no sirve para nada o sirve para que gobierne la derecha. No es una conclusión que yo me invento: es la única conclusión seria que se puede sacar de los discursos y de las contundentes resoluciones del reciente congreso del Partido Comunista de España.

4

De:
JORDI SOLÉ TURA
c/ Pedró de la Creu, 21, at.1ª
08034.BARCELONA
Tel.-Fax : (93) 280.35.45

A: Hermann Terstch
(Opinion)

Dia: 16. diciembre 95

Observ.:

Te mando un artículo sobre
el Congreso del PCE. Hace tiempo
que no te mando nada. Espero
que recuperará mi regularidad.
Un abrazo

J Solé

La principal conclusión que se puede sacar del reciente congreso del Partido Comunista de España es que Julio Anguita y sus seguidores están dispuestos a todo menos a gobernar. O, más exactamente, no están dispuestos a gobernar ni a dejar que gobierne otra fuerza de izquierda. Más allá de los discursos inflamados y de los exabruptos del congreso, esto es lo que importa.

No es una novedad, desde luego. Es, simplemente, la confirmación como línea política general de lo que ya ha ocurrido en esta última legislatura en las Cortes Generales, en Andalucía, en Asturias, posiblemente en Extremadura y en muchas ciudades de casi toda España tras las últimas elecciones municipales. Y no tendría más trascendencia si el PCE fuese una fuerza menor, marginal, en el panorama político español. Pero la tiene porque es la tercera fuerza en el Congreso de los Diputados —a través de las siglas de Izquierda Unida, que tan malparadas han salido de esta reunión— y también en el panorama general de las autonomías y de los municipios.

Que esta tercera fuerza sea una fuerza de gobierno o no es un dato fundamental en la política española, en todos sus niveles. Puede no serlo si seguimos en la lógica de las mayorías absolutas. Pero es importante, y mucho, cuando las mayorías absolutas son reemplazadas por unas mayorías relativas, más acordes con el pluralismo real de nuestra sociedad en un sistema parlamentario ya normalizado. Con las mayorías relativas son fundamentales las alianzas. Y éstas son imposibles cuando hay una fuerza significativa, que puede cantar o impedir unas alianzas y que se niega a entrar en el juego porque no quiere asumir ninguna responsabilidad de gobierno.

Nuestro sistema electoral no está pensado para asegurar grandes mayorías absolutas, que son

más bien la excepción en un país democráticamente maduro, sino para asegurar mayorías compuestas por fuerzas afines. Cuando se celebraron las primeras elecciones municipales, en 1979, por ejemplo, la UCD fue la fuerza más votada en muchas capitales de provincia y en buen número de otras grandes ciudades. Pero no obtuvo la mayoría absoluta y la izquierda le arrebató casi todas las alcaldías porque el PSOE y el PCE supieron unirse. Después, la UCD se rompió y la izquierda siguió gobernando en las principales ciudades porque mientras la derecha se dividía ella se mantuvo unida. En las últimas elecciones municipales ocurrió lo contrario: la derecha se unió y la izquierda se dividió. El resultado es que la mayoría de las capitales de provincia y otras ciudades importantes tienen alcalde o alcaldesa del PP. Ésta es la lógica de un sistema electoral municipal como el nuestro, que en defecto de mayorías absolutas obliga a las fuerzas afines a unirse. Y si no lo hacen, pierden.

Ésta es también la lógica del sistema electoral para las elecciones generales y las autonómicas. En Asturias gobierna la derecha, con un presidente que había sido activista de los guerrilleros de Cristo Rey, porque la izquierda se ha dividido. Si el PSOE e Izquierda Unida hubiesen sumado sus votos, habría una amplia mayoría de izquierda, pero IU —¿o el PCE?— ha preferido dar el Gobierno al PP. En Andalucía y Extremadura tenemos a dos pre-

sidentes socialistas sometidos al fuego cruzado de unos Parlamentarios donde Izquierda Unida se une con el PP para paralizar su labor. Como resultado de esto, en Andalucía se van a tener que convocar elecciones anticipadas, y después de ellas estaremos en las mismas: el partido más votado será el PSOE o el PP, y si ninguno de ellos obtiene mayoría absoluta, que parece lo más probable, el problema se planteará otra vez, con mayor crudeza si cabe: ¿que hará Izquierda Unida? En caso de mayoría relativa del PP, ¿repetirá la hazaña de Asturias y dará a Andalucía un presidente de derecha? Y en caso de mayoría relativa del PSOE, ¿asumirá Izquierda Unida una parte de la responsabilidad de Gobierno o seguirán las cosas como hasta ahora, es decir, seguirá Izquierda Unida impidiendo que el PSOE gobierne sin ofrecer ninguna alternativa?

El reciente congreso del PCE nos ha dado la imagen de un partido áspero que aspira a recoger todos los motivos de descontento actuales y futuros sin darles ninguna salida. Armado con el peso de estos descontentos se configura más bien como un gran grupo de presión, que recuerda en muchos aspectos a nuestro viejo anarquismo. Pero todo esto se pone al servicio de una determinada causa, que también recuerda bastante la lógica de los años treinta. Es, en definitiva, la lógica de clase contra clase en la que no caben niveles intermedios: o se está con una clase o con otra.

Desde esta postura, todo es claro y preciso para Julio Anguita y sus seguidores: ahí está una derecha pura y dura, que es el PP, y aquí una izquierda igualmente pura y dura, que es el PCE. Y en medio, proclamándose de izquierda, pero ejerciendo realmente el papel de servidor sumiso de la derecha, está el PSOE, y empiezan a estar también, según el propio Julio Anguita, los sindicatos. El PSOE y estos sindicatos derechizados son, pues, el gran elemento de confusión de las masas populares, el factor que las desvía de su auténtico destino revolucionario. Y por eso es el factor que hay que suprimir o controlar. Esto es hoy por hoy imposible porque el PCE no tiene fuerza suficiente para ello. Pero si tiene fuerza para distorsionar e incluso para paralizar el sistema parlamentario cuando no hay mayorías absolutas. Para ello, e incluso para ir más lejos, no le hace ascos a las coincidencias puntuales con esa derecha pura y dura, o sea con el PP, ya que comparte su mismo objetivo principal: quitarse de delante al PSOE.

Nuestro sistema parlamentario no es un régimen de asambleas. Es un sistema en el que el Gobierno gobierna y el Parlamento legisla, controla y orienta. Es también un sistema que busca la estabilidad penalizando la formación de mayorías negativas mediante el mecanismo de la moción de censura constructiva. Pero en el Parlamento andaluz,

Izquierda Unida ha pretendido gobernar desde el Parlamento, y junto con el PP han impedido que el Gobierno cuente con los medios para gobernar, que es su función. La misma lógica ha unido a Izquierda Unida y al PP en las Cortes Generales, aunque aquí el Gobierno y el Grupo Socialista han tenido más margen de maniobra para superar dicha mayoría negativa. Pero todos hemos visto los efectos devastadores de la dura campaña que tanto el PP como Izquierda Unida —¿o el PCE?— han mantenido contra la única y complicada mayoría que el PSOE ha podido hacer en esta legislatura: la mayoría inestable y puntual con Convergencia i Unió.

Con un PCE metido en esta lógica, es casi imposible llegar a algún acuerdo. El resultado es, por consiguiente, el bloqueo de un gobierno de izquierda. Y este bloqueo sólo tiene dos salidas: el caos o el gobierno de la derecha. En ambos casos pierde la izquierda, o sea, pierden los millones de ciudadanos y de ciudadanas que confían en ella. Y gana, desde luego, una derecha que no es mayoritaria en el conjunto del país, pero que se encuentra con el regalo de una izquierda desunida y con una de sus partes, el PCE, empeñada en destruir a la otra. Por eso esta llamada izquierda, la que se pretende pura, incontaminada, auténtica e inmovible, es la izquierda que más y mejor conviene a la derecha. Por eso cada voto que va a esa izquierda es un voto que o no sirve para nada o sirve para que gobierne la derecha. No es una conclusión que yo me invento: es la única conclusión seria que se puede sacar de los discursos y de las contundentes resoluciones del reciente congreso del Partido Comunista de España.

Jordi Solé Tura es diputado por el PSC-PSOE.

Dos curiosos mensajes de fin de año

Viene de la página anterior
sencia masiva de los que protestaban no tuvo en ningún caso carácter de motín. Pero el espectáculo más singular se observó entre la población. Los extranjeros han resaltado que los franceses parecían (por una vez) estar de buen humor. Que cogían a todos los que hacían autoestop, que descubrían en esa ruptura de la rutina cotidiana una diversión que los hacía ingeniosos y sociables. Y así fue pese a que generalmente la parálisis de un país no suele aceptar

tarse así. La mayoría no suele aceptar sufrir la ley de la minoría, sobre todo cuando es una ley que la obliga a realizar marchas interminables en el frío de la madrugada o del crepúsculo. Uno esperaba revueltas contra el corporativismo. Pero no:

Francia dio claramente su aval, si no su bendición, a los huelguistas y a los manifestantes.

Ha sido ante esa Francia ante la que ha cedido el Gobierno, mucho más que ante unos dirigentes sindicalistas con ganas de exagerar para resucitar por fin en Francia un movimiento sindical digno de tal nombre. La evidencia que ha saltado a los ojos es que una mitad de Francia tiene miedo al paro y la otra mitad al fin del Estado providencia. Es decir, teme que el sacrosanto diploma deje de ser un pasaporte

para obtener un empleo, que se dejen de reembolsar los gastos por enfermedad y de garantizar las pensiones. Al mismo tiempo, los franceses tienen la vaga sensación de que esas protecciones sociales no sólo están amenazadas por Juppé y los suyos, sino por una fatalidad europea, la de la economía no social de mercado y sus implacables criterios de equilibrio y rigor.

Y esto es especialmente interesante dado que toda Europa está en la misma situación, salvo, en todo caso, los alemanes. Re-

cientemente, Felipe González recordaba que personas como François Mitterrand o Jacques Delors, y el propio canceller Kohl, han anunciado que si los criterios de la economía europea no eran sociales nos encaminaríamos a una explosión social en todos los países. Ese es el mensaje de los rusos y los franceses en este final de 1995, seis años después de la implosión del comunismo en la Unión Soviética.

Jean Daniel es director del semanario francés *Le Nouvel Observateur*.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la página anterior
socialismo imperante que no posibilita una anhelada participación directa en las elecciones españolas, utilizando los consulados y los medios electrónicos ya a nuestro alcance?— **Narciso García y dos firmas más.**— México DF, México.

¡Vaya risa!

Leo con un cierto estupor que el Partido Popular organizó una reunión "para impulsar su compromiso con el medio ambiente".

Al finalizar el acto, el presidente del PP prometió que cuando gobierne creará un Mi-

nisterio de Medio Ambiente.

Desde Aragón nos da mucha risa eso. En la comunidad autónoma aragonesa teníamos una Consejería de Medio Ambiente, con su propio consejo, su presupuesto, su programa, etcétera, etcétera, y desde que el Gobierno de la comunidad lo preside el Partido Popular ha desaparecido dicha consejería.

Es decir, ha desaparecido el ministerio que el señor Aznar "promete".— **María Asunción García Maynar.** Zaragoza.

1+1=2

1+1=2, aunque algunos se nieguen a aceptarlo y la mayoría disimule.

Ha hecho falta reunir físicamente 2.000 científicos de 160 países para confirmar lo que era de sentido común: que el hombre está cambiando el clima y se desconocen las consecuencias que ello puede comportar.

La recomendación: emitir menos gases.

Los científicos son una representación del talento de cada sociedad, y han demostrado empíricamente que están unidos. Pero los que representan a los pueblos no están uni-

dos. Ante la política del tener o no tener, los científicos proponen la de ser o no ser.

La clase política mundial debe ahora demostrar que no es un avestruz y que *sapiens sapiens* es más que *sapiens*. Por más que se afirmara que la Tierra no giraba, no por ello era verdad. Por más sobreimpresiones en el *Meteosat* que pongan, no significa que las naciones tengan que existir necesariamente ni que sean necesarias o útiles. Lo que es innegable es que la Tierra es un planeta único entre los que conocemos, con un aire y un clima común.

En mi opinión, la estructura del Estado ha quedado pequeña para afrontarse individualmen-

te con éxito a los vicios de una economía planetaria. Por más cosas que hayan tenido que jurar al acceder al poder, no significa que las tengan que creer. Cuando todo el tren se dirige a un despeñadero, no es importante preocuparse de la comodidad del propio vagón, lo importante es frenar el tren y preguntarse por qué llevaba esa dirección y a quién beneficiaba.

Política no es sólo economía, es ante todo justicia. Un planeta, una justicia, para todos igual. Alguien tendrá que decir: ¡ser no es tener! Posdata: señor Anguita, por favor: siglo nuevo, sigla nueva.— **Pere Thió i Fernández de Henestrosa.** Girona.

Dos curiosos mensajes de fin de año

JEAN DANIEL

En este final de 1995, el mundo ha recibido dos mensajes: uno, muy claro, de Rusia. El otro, más velado pero igual de intenso, de Francia. Los dos mensajes se refieren a la evolución del capitalismo y, más exactamente, de lo que ahora se llama públicamente "la economía de mercado".

El regreso de los comunistas en Polonia causó sorpresa. Pero ese mismo regreso triunfante de los comunistas en Rusia ha producido estupefacción. Pocos militantes parecen menos bolcheviques que el nuevo presidente de la República de Polonia, Aleksandr Kwasniewski. Pero Guenadi Ziuganov, el jefe del primer partido de Rusia, es un comunista que afirma admirar el "pensamiento" de Lenin y la "grandeza patriótica" de Stalin. Decididamente, ha sido una suerte que los neonazis austriacos hayan mordido el polvo; de lo contrario, a cinco años del 2000, habría que constatar el regreso simultáneo de Stalin y Hitler.

¿Cuál es el mensaje de esos millones de rusos que han votado por el partido comunista? En primer lugar, un mensaje que hace saber al mundo que la caída de la Unión Soviética en 1991 no resolvió ninguno de los problemas que en la época zarista prepararon —si no justificaron— el advenimiento de la revolución de 1917. Sólo que con los zares había un ejército, una nobleza e incluso muchas veces un pueblo orgulloso de ser ruso. Víctima, pero orgulloso. En las novelas de Tolstói o Chéjov no se lee otra cosa.

Pero los votantes de Guenadi Ziuganov nos recuerdan sobre todo algo que es válido para una buena parte del mundo: que cuando el capitalismo se hace salvaje, cuando desemboca en el caos individualista, en el imperio de la ley de la jungla, en una sociedad de crimen, tráfico de armas y mafia; cuando las privatizaciones vienen impuestas por el FMI y acaban siendo objeto de especulaciones clandestinas por parte de los agentes del Estado, el pueblo deja de recordar el pasado, aunque sea bárbaro, como un mal absoluto. Prefiere cualquier cosa al presente.

Más aún: que frente a esa libertad de no hacer sino el mal, libertad que otorga la deriva de la economía de mercado, el pueblo prefiere la seguridad en la sumi-

sión y el orden en la servidumbre. ¿Es terrible? Tratándose de rusos, es algo que sólo sorprende a los que no han leído *Viaje a Rusia* de Custine o *Los hermanos Karamazov*. El famoso *Gran Inquisidor* creado por Dostoyevski profetiza que solamente la abundancia material podrá dar valor a la libertad, y que los pueblos no saben qué hacer con la libertad una vez que la han conquistado.

Y esto es algo que sólo puede sorprender a los que, tras la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989, mientras celebraban el fin de los gulags y de las barbaries de Stalin, creyeron que la economía de mercado era en sí misma una panacea. En primer lugar, significaba desconocer la historia del capitalismo, que se confunde con la historia de sus

normativas. Por otra parte, suponía considerar que los pueblos sometidos al colectivismo podían adaptarse, de golpe y sin transición, al liberalismo económico. Por último, esos mismos análisis sectarios habían olvidado que los últimos años del comunismo no se parecían en absoluto a las épocas bárbaras y atroces, ya denunciadas por Jruschov antes de serlo por Solzhenitsin. Por tanto, hay muchos rusos que pueden preferir aquellos años de fin de régimen a la actual descomposición. Que tengan razón o no es otra cuestión.

El otro mensaje ha venido de los franceses. Por una vez, no es un mensaje portador de utopías. No hace soñar con el progreso o la *grandeur*. En el país menos desgraciado de la tierra, en el

país al que sueñan llegar la mayoría de los refugiados políticos e inmigrantes del Tercer Mundo, una población colmada durante 30 años por una sociedad de abundancia sin igual ha empezado a hervir como si sufriera una neurosis colectiva. No han sido a los tres millones de parados a los que hemos visto enfurecidos, ni a los marginados de las periferias levantiscas. Ha sido a los agentes del servicio público; en resumen, los funcionarios, con frecuencia mal —incluso muy mal— pagados pero que gozan de dos ventajas importantes: disfrutan de la seguridad en el empleo, algo nada desdeñable, y pueden —lo que es una enormidad— paralizar los transportes, es decir, la vida de un país.

Como se sabe, la chispa que

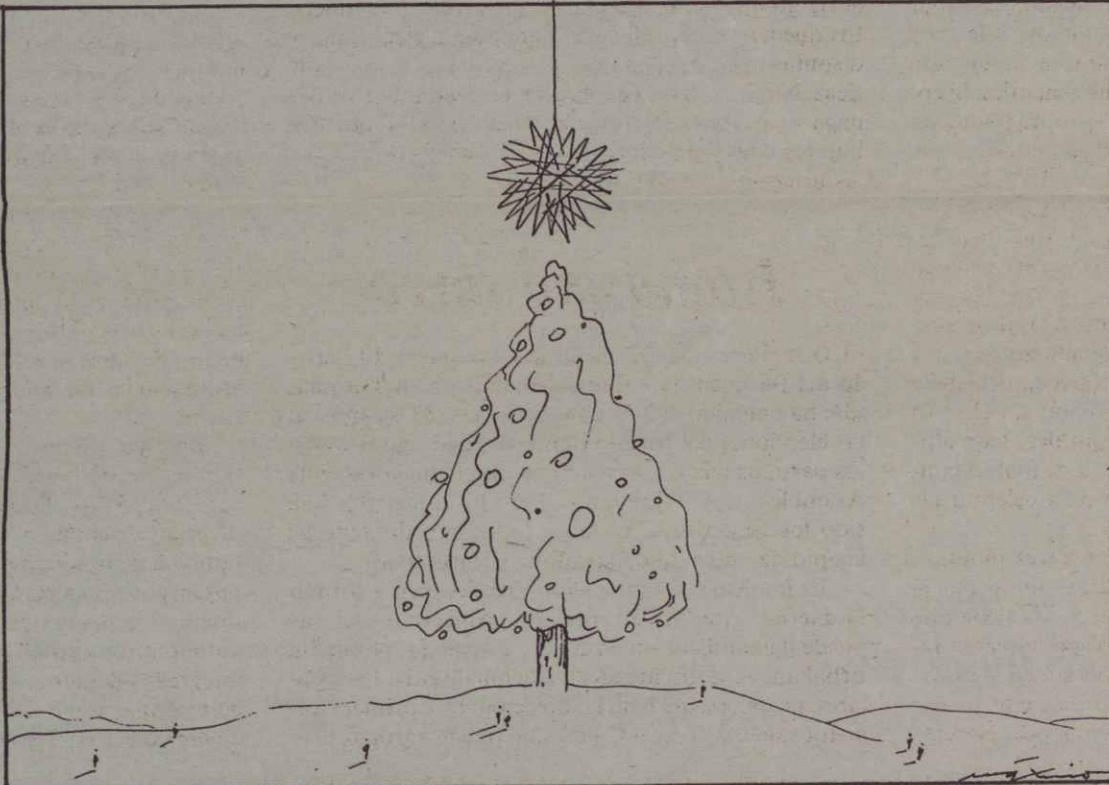
hizo saltar todo fue el proyecto de financiación de una Seguridad Social lastrada por un gran déficit. Este proyecto había sido aprobado por la Cámara de Diputados, y por aquellos a los que se llama "expertos" y que a sí mismos se llaman intelectuales. Los sindicatos de la función pública han desautorizado tanto a la representación nacional como al conjunto de las élites. Han utilizado la huelga y la calle contra el Parlamento y las conciencias. Algo que habría encantado a Rousseau, que afirmaba que la voluntad popular era más importante que aquellos en quienes las elecciones delegaban dicha voluntad.

Se ha explicado todo por la torpeza y el autoritarismo de Juppé (él se ha mostrado de acuerdo, luego es cierto). Por el hecho de que la reforma propuesta estaba incluida en un plan que, partiendo de los ferrocarriles para llegar a la reforma fiscal pasando por las pensiones, daba un vuelco a la sociedad. Es verdad, y, en cierto sentido, era audaz e incluso revolucionario. También se ha dicho, por último, que el servicio público garantizaba en Francia el carácter social de la economía de mercado, por lo que tocar a los funcionarios significaba amenazar con instaurar el liberalismo más thatcheriano o nixoniano. Y aquí hemos llegado a lo esencial.

Si el Gobierno ha terminado —demasiado tarde— por ceder, primero ante los estudiantes, después ante los ferroviarios y luego ante los jubilados, y si en la actualidad acepta negociar las formas de aplicación (si no los principios) de su reforma de la Seguridad Social, es precisamente por eso. Lo que ha ocurrido es inédito. En primer lugar, entre los manifestantes no hubo ningún histerismo, ninguna expresión de odio de clase, ninguna imprecación contra los ricos, a pesar de las consignas dadas por los trotskistas minoritarios que actuaban en todas las manifestaciones. Sólo se conminaba a Juppé para que retirara su plan. Centenares y centenares de miles de manifestantes desfilaron en toda Francia, sin que se produjera el más mínimo desbordamiento de los *pendencieros*, sin un coche incendiado, ni siquiera volcado, sin un incidente, sin una riña. La pre-

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



CARTAS AL DIRECTOR

Los excluidos de la UE

Muchas veces me he preguntado: ¿dónde radica la grandeza del proyecto económico de la Unión Europea? ¿Quiénes van a ser los excluidos esta vez? Está claro quiénes son los nuevos privilegiados: grandes multinacionales de todo tipo, grupos financieros, magnates, etcétera. Esto en sí no parece que encierre maldad alguna. Pero ¿qué pasa con los excluidos de la tarta? Hitler, con perdón, prometió a sus seguidores, que no todos eran alemanes, mil años de prosperidad; claro que de su proyecto estaban excluidos: los judíos, los gitanos, los débiles y otros grupos minoritarios.

¿A quién excluye la UE? ¿A los parados, a los jóvenes, a los ancianos, a los pobres y a cuántos más?

¿Es ético que países líderes de la UE se gasten cantidades ingentes de dinero de sus contribuyentes en la fabricación de armas atómicas y a continuación some-

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados, y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extraerlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

tan a las capas más débiles de la sociedad a recortes de todo tipo? ¿Contra quién piensan utilizar las armas atómicas?, ¿acaso contra los desheredados de su propio pueblo?

Deseo de corazón estar equivocado en este tema, y si no lo estoy ¡que Dios nos asista! —Antonio de la Torre Junquera. Madrid.

Farmacéuticos

No sé cómo los ignorantes farmacéuticos sin farmacia hemos estado tan ciegos como para no darnos cuenta de que los colegios farmacéuticos, casualmente dirigidos por los dueños de las farmacias más lucrativas, sólo buscan el servicio sanitario y nunca, como nosotros insinuamos, el enriquecimiento propio. ¡Venga ya, señores!, ustedes han regentado el monopolio tanto tiempo que ahora no encuentran razones convincentes para que su dictadura siga en pie. Sus excusas caen por su propio peso. Quieren evitar el deterioro del servicio y para ello permiten que haya pueblos (sin Ayuntamiento) que por no llegar a 2.000 habitantes carezcan de farmacia; se ve que la salud individual pierde importancia si no se convive con otras 1.999 personas. También se nos dice que no "hay tantas solicitudes de apertura"; tal vez el motivo sea el desembolso de 45.000 pe-

setas por solicitud para luego sumergirse en un mare magnum de juicios. El señor Capilla pretende atribuirse la razón al asegurar que no somos 20.000 los que figuramos en el INEM —se nota que no conoce el mercado laboral—; que aprovechemos cualquier trabajo no quiere decir que estemos desarrollando nuestra profesión. Así pues, se admite la herencia de farmacia sin méritos, la restricción de aperturas, el cobro de cantidades astronómicas por traspaso (hasta 40.000.000 en pueblos de 1.000 habitantes)... ¿A quién quieren convencer de que la farmacia no es el negocio del siglo? Creo que con ustedes el boticario ha muerto, para dejar paso al ejecutivo. —Cristina Pastor. Motril, Granada.

Sorpresa

Sorpresa tras sorpresa, a eso nos tiene acostumbrados el actual Gobierno socialista de Es-

paña. Tropezón tras tropezón, prisioneros de una corrupción por ellos mismos generada.

Ahora nos desayunamos con el cambio-destitución del actual embajador de España en México, sin razón que lo justifique y, aparentemente, por estrategia partidista. Previendo un descalabro electoral el próximo mes de marzo —¿o será en febrero?— nos endilgan a un diplomático sectario para representar a nuestra patria, es decir, a España, ante el pueblo y gobierno de México, colocando un peón incondicional del socialismo para impedir que el futuro gobierno de Aznar desarrolle aquí una labor gestada en los últimos años y en beneficio de ambos pueblos.

¿Cómo reaccionará la colonia española residente ante esta oprobiosa maniobra, teniendo en cuenta el malestar que tradicionalmente arrastran contra el

Pasa a la página siguiente